

Santiago

Aproveche al máximo las pruebas

1.12–15

«Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» (1.12–15).

«La canción del viejo marinero», un poema de Samuel Taylor Coleridge, trata de un viejo marinero que le cuenta su historia del mar a otro personaje cuando ambos asistían como invitados a una boda. El viejo marinero había sido el único superviviente de un barco que había perdido su curso, pero que finalmente fue arrastrado hacia su tierra desde los mares antárticos. El viejo marinero atribuyó sus infortunios a agentes sobrenaturales que actuaban en venganza por haber matado a un albatros, un ave marina de gran tamaño.

Desde que Coleridge escribió el poema, las personas han utilizado la metáfora de «un albatros» alrededor del cuello para representar algún problema o molestia. Sin duda, las pruebas de la vida representan un «albatros» continuo de molestia alrededor del cuello de todo creyente.

La vida cristiana no es siempre la experiencia tranquila que a menudo se describe. Los cristianos enfrentan problemas y calamidades como las demás personas. Sus cuerpos son tan susceptibles a las enfermedades y lesiones como los de sus prójimos. Sus casas se incendian, sus posesiones son robadas, pierden sus trabajos y sus familias son amenazadas; ¡al igual que las demás personas!

El verdadero peligro para los cristianos es dejar

que las pruebas de la vida externas se conviertan en tentaciones internas. Cuando nuestras circunstancias son difíciles, podríamos desear quejarnos contra Dios, cuestionando Su amor y resistiéndonos a Su voluntad. En 1.12–15, Santiago habla de dos reacciones opuestas que posiblemente sucedan con las pruebas de esta vida. El resultado final depende del impacto que le permitamos a nuestra fe causar en las pruebas de la vida.

LA REACCIÓN QUE TRAE RECOMPENSA— SOPORTAR CON FIDELIDAD LAS PRUEBAS (1.12)

Sea que tengan que ver con la pobreza, la injusticia social o la enfermedad, las pruebas no son fáciles de soportar en ningún momento. Santiago ha dicho siempre que la primera prioridad del cristiano de cara a cualquier prueba es la paciencia (1.3, 4, 12). Hemos de soportar la prueba hasta el final y permanecer fieles a pesar de las circunstancias. Puede que no siempre seamos victoriosos en cada prueba. Sin embargo, nunca debemos rendirnos ni permitir que las pruebas de la vida nos venzan.

Santiago dice que el hombre que persevera es «bienaventurado». La palabra griega que se traduce como «bienaventurado» puede también ser fácilmente traducida como «feliz». Desafortunadamente, ninguna de las palabras produce el impacto total del término. Los griegos usaban la palabra para describir la vida idílica de sus «dioses» inmortales.

En el contexto, Santiago está aparentemente describiendo una vida alejada de los problemas de este mundo. Describe la «bienaventuranza» como recompensa de Dios. La Biblia enseña con frecuencia que Dios es galardonador (Colosenses 3.23, 24; Hebreos 11.6). La recompensa para el que persevera

es una «corona de vida». Aunque el término «corona» podría referirse a una corona de la realeza, es más probable, sobre todo en este contexto, que se refiera a la ofrenda floral que se le entregaba a un atleta victorioso. Santiago está diciendo que se le dará una recompensa al cristiano que es victorioso en su lucha contra las pruebas y que la recompensa consiste en una corona *de vida* (una vida libre de las dificultades de este mundo).

LA REACCIÓN DE LA RACIONALIZACIÓN— CEDER ANTE LA TENTACIÓN DURANTE LAS PRUEBAS (1.13–15)

A nosotros los humanos nos encanta «pasar la pelota». Con gran frecuencia escuchamos a nuestros hijos discutir: «Él empezó»; «Él me obligó», «No me mire a mí, no es mi culpa». No son solamente los niños los que tratarán de evadir la responsabilidad de sus acciones. Flip Wilson hizo reír a millones de personas diciendo: «El diablo me obligó a hacerlo». ¿Por qué se reían? Porque su ocurrencia hacía eco de nuestro propio deseo de rehuirle a la responsabilidad de nuestras acciones. A Santiago le preocupa que algunos estuvieran culpando a Dios, y no al diablo, por sus pruebas, tentaciones y pecados resultantes.

Sobre la base de sus observaciones e interpretaciones de las experiencias de la vida, los judíos consideraban al hombre como una guerra civil ambulante. Habían adoptado la idea de que en cada hombre existen dos tendencias, o dos naturalezas, el bien y el mal luchando entre sí. Estamos de acuerdo con ello, al igual que Pablo (Romanos 7.15), sin embargo, tal idea no aclara la procedencia de la tendencia al mal.

Los judíos dirían entonces: «Ya que Dios me hizo así, Él es responsable de mi pecado». La idea de culpar a Dios ha existido desde Adán. Este dijo: «La mujer que me diste por compañera...» (Génesis 3.12). El poeta escocés, Robert Burns, expresó el mismo pensamiento cuando dijo:

Tú sabes qué me has formado con pasiones
salvajes y fuertes;
Y escuchar sus voces encantadas me has guiado
una y otra vez al mal.

A menudo, las personas claman en defensa de sus acciones pecaminosas, diciendo: «Soy humano». Esto quiere decir que no se nos debería responsabilizar de nuestras acciones, ya que Dios nos hizo así.¹

¹ William Barclay, *The Letters of James and Peter (Las cartas de Santiago y Pedro)* (Philadelphia, Pa.: Westminster Press, 1960), 58–61.

Santiago estaba tratando de cambiar este tipo de pensamiento. Si pecamos, si cedemos a la tentación, confesémoslo y sigamos adelante. No culpemos a Dios como si estuviera pensando en maneras para hacernos tropezar y caer. Santiago dice: «... Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie» (1.13). Decir que Él es responsable de la tentación a hacer mal es muestra de ignorancia en cuanto a la naturaleza de Dios. Este nunca ha experimentado el mal ni ha sido tentado por el mal. ¿Cómo podría ser responsable de tentar a alguien? ¡No es capaz de serlo!

El ceder a la tentación causa la destrucción de nuestras almas. Obviamente, el hecho de ser tentado no es pecado. Si así fuera, Jesús habría sido un pecador, pues Satanás le tentó (Mateo 4). El pecado consiste en ceder a la tentación y hacer el mal al que se es inducido. Un viejo proverbio dice: «No puedes evitar que los pájaros vuelen sobre tu cabeza, sin embargo, no tienes por qué dejarlos anidar en tu cabello». Usted no puede impedir ser tentado, sin embargo, no tiene por qué ceder.

En los versículos 14 y 15, vemos la evolución decadente del pecado, y esta evolución puede ser descrita en cuatro palabras.²

El deseo (1.14)

La palabra «deseo» por sí misma no es una descripción exacta. La palabra en realidad significa «un deseo malo y la incapacidad para controlarlo». La razón por la que hablamos del mismo como si fuera «concupiscencia» es debido a las ansias que tenemos por satisfacer un deseo dado por Dios de una manera no aprobada por Él. Por ejemplo, comer es normal, sin embargo, la gula es pecado; dormir es normal, sin embargo, la pereza es pecado. En Hebreos 13.4 dice, «Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios».

La decepción (1.14)

¡Ninguna «concupiscencia» luce como lo que realmente es! Satanás la disfraza para que podamos ser «atraídos y seducidos». El pasaje utiliza aquí una metáfora tomada de la pesca, es decir, «atraído». Un pez va nadando cuando de repente ve un gusano colgando. Nada ha ocurrido aún, solamente ha sido tentado. Pronto comienza a nadar alrededor del gusano y aún no hay ningún problema. Sin embargo, cuando ese deseo supere su cautela natural ante un gusano «colgando» en

² Warren W. Wiersbe, *Be Mature (James) (Crezca [Santiago])* (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1978), 37–38.

el agua, será «enganchado».

Satanás está muy al tanto de nuestras fortalezas y debilidades. Sabe lo que nos va a atraer, seducir y engañar. Si la tentación no produjo la reacción debida en lo profundo de nuestro ser, no es tentación.

La desobediencia (1.15)

La Biblia tiene numerosos ejemplos de malos deseos que dan a luz un acto de desobediencia (o incluso un estilo de vida desobediente). Eva luchó contra el deseo de la fruta prohibida y su deseo dio paso al acto de desobediencia. Amón codició a Tamar y su deseo incontrolado lo redujo al nivel de una bestia. Acab deseaba la viña de Nabot tanto que cometió hechos desastrosos. El deseo de David por Betsabé se descontroló, dando como resultado los actos de adulterio y asesinato.

Tenemos que aprender a ejercitar nuestra voluntad y gritarle un enérgico «¡No!» a la tentación.

La muerte (1.15b)

J. B. Phillips consigna el versículo 15 así: «... y el pecado, en última instancia equivale a muerte». Esa es la enseñanza enfática de la Escritura, a saber: «Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte» (Proverbios 14.12); «Porque la paga del pecado es muerte» (Romanos 6.23). El pecado nunca le agrega calidad a nuestras vidas. En lo que atañe al pecado, cuando nos entregamos a pecar, somos perdedores y *nunca* ganadores en nuestra relación con lo eterno.

CONCLUSIÓN

Ser tentado durante un momento de prueba no es una vergüenza; es parte de nuestro crecimiento y desarrollo como cristianos que somos. Aprendamos a reconocer los peligros y a estar dispuestos a pedirle ayuda a Dios (1ª Corintios 10.13).

EL LIBRO DE SANTIAGO APLICADO A LA VIDA

La «salida»

La «salida» de la que habla 1ª Corintios 10.13 no es una salida de la tentación de manera que podamos esquivarla, sino una salida hacia Él «para que [podamos] soportar». Él ha prometido Su fidelidad misma diciendo que nunca permitirá que las pruebas de la vida nos sean demasiado difíciles de llevar. Cierta día, un par de pequeños brazos se extendían mientras el padre acumulaba abarrotes para que su hijo los llevara al otro extremo de la tienda. Mientras el muchacho esperaba por más, alguien que observaba dijo: «No puedes con más». A lo que respondió el niño: «Mi padre sabe cuánto puedo cargar». Sustituyamos «Padre celestial» en lugar de «padre» y regocijémonos en la idea de que nuestro Padre sabe cuánto podemos soportar.

Guy H. King
A Belief That Behaves
(La creencia que sabe comportarse)

Las «pequeñas» tentaciones

Bobby Leach, un inglés, sor-

prendió al mundo al lanzarse en las Cataratas del Niágara en un barril sin sufrir daños graves. Algunos años más tarde, cuando caminaba por la calle, resbaló en una cáscara de naranja y fue llevado al hospital con una pierna severamente fracturada. Algunas grandes tentaciones que rugen a nuestro alrededor como el Niágara pueden dejarnos ilesos. Sin embargo, un pequeño e insignificante incidente puede provocar nuestra caída simplemente porque no la estamos buscando.

Stewart Anderson

Bendiciones de parte de las tribulaciones

En las ilustraciones del antiguo método romano de trillar grano, se ve siempre a un hombre revolviendo las gavillas, mientras que otro conduce sobre ellos un tosco carro equipado con rodillos en lugar de ruedas. A estos cilindros se les adjuntaban piedras filosas y pedazos ásperos de hierro para ayudar a separar la cascarilla del grano. Este sencillo carro era llamado un *tribulum*. De

este término obtenemos nuestra palabra «tribulación».

Cuando nos vienen diversas aflicciones, a menudo pensamos que nos estamos haciendo pedazos bajo las presiones crueles de circunstancias adversas. Sin embargo, como ningún trillador ha uncido su *tribulum* con el mero propósito de desmenuzar sus gavillas, sino para hacer surgir el precioso grano, de igual manera, jamás somos puestos bajo la presión de las pruebas sin que haya un propósito para ello.

La lenta asesina

En América del Sur hay una enredadera extraña conocida como la matadora. Comenzando al pie del árbol, lentamente se abre camino hasta la copa. A medida que crece, va matando al árbol, y cuando por fin alcanza la parte superior, produce una flor con la que se corona. Esto ilustra cómo se arrastra el pecado en nuestras vidas, tomando poco a poco el control de todo nuestro ser, hasta que por fin nos corona para su propio beneficio.

Autor: Bill Hooten